

¿Adonde vas?

El tiempo vuela. Los días, las semanas, los meses y los años se deslizan con una velocidad increíble, y se van antes que nosotros nos demos cuenta. Parece como si ellos no más que comenzaron, ya se acabaron; pasaron a la eternidad. Así, también, los sucesos del día pronto receden a una distancia pasada. Todo en este mundo es pasajero y transitorio, nada es estable y duradero. “Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira; acabamos nuestros años como un pensamiento” (Sal. 90:9). Estando absorbidos solícitamente con las ocupaciones, labores y esfuerzos de la vida nosotros somos más o menos insensible a la ligereza del tiempo que pasa, del solemne hecho que la vida misma se nos va rápido, y que el fin de nuestra peregrinación terrenal se aproxima veloz y seguramente. O, si nosotros somos conscientes que nuestro tiempo se vuelve corto, sea que nosotros nos deshacemos del pensamiento o consideramos que de alguna u otra manera todo será bien al final.

Cuán importante es que nosotros mantengamos en nuestra mente que nuestra muerte está siempre en el horizonte, que nosotros estamos separados sólo por un latido de corazón, y que cuando morimos, seremos introducidos a la eternidad de la cual no hay regreso ni escape. Ya que la muerte es tan común nosotros no dedicamos suficiente pensamiento a esto. Parece que hemos desarrollado un sentido de inmunidad para tal experiencia. Porque la muerte parece ser tan vaga, irreal e improbable, fracasamos considerarla seriamente. Al contrario, vivimos como si estamos muy seguros de muchos años de vida, cuando la Palabra de Dios fielmente nos advierte: “No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día” (Prov. 27:1).

Escuchamos y leemos del grande número de muertos en guerras y en accidentes, de miles de los que se mueren de hambre en el África y la India. Pero a esto damos poco o ningún pensamiento; no significa mucho a nosotros ya que no estamos personalmente envueltos. Un vecino de la cuadra muere, o uno de nuestros seres queridos fallece. Esto pueda ser que nos cause para parar y pensar por un momento, pero pronto se nos va de nuestra memoria y continuamos nuestro camino día tras día, probablemente con el pensamiento detrás de nuestras mentes que estamos seguros y no tenemos razón para ser aprehensivos. Tenemos mucho tiempo todavía.

Probablemente el pensamiento de nuestra muerte podría adquirir un significado nuevo y serio si nosotros supiéramos que el momento que pasamos de esta escena (y esto podría

ser y probablemente antes que este día se acabe) nos despertaríamos en el infierno, en “las llamas eternas” (Is. 33:14) para siempre más allá de toda esperanza. Pero esto es justamente lo que la Palabra de Dios da a conocer al pecador no salvo. ¡La Escritura es clara y simple que “los malos serán trasladados al infierno!” (Sal. 9:17). “Murió también el rico, y fue sepultado, y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos” (Lucas 16:22-23). Muchos se preocupan por sus cuerpos, pero totalmente descuidan los intereses por sus almas inmortales. Pero “¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36-37). Muchos se dejan llevar sin propósito a través de la vida sin ningún cuidado o preocupación en cuanto a lo que está delante de ellos después que esta vida pasajera se acabe, aparentemente presuponiendo que de alguna u otra manera todo les saldrá bien al final. Esto es lo que esperan; y ellos se dan el beneficio de cualquier duda.

Muchos no están conscientes de su condición perdida. Aunque ellos no se consideran ser perfectos, todavía no están enterados de que hay algo seriamente muy mal con ellos. Son respetables, ciudadanos obedientes a la ley, y se consideran no ser peores que sus vecinos; y aunque apenas leen la Biblia o entran a una iglesia, ellos esperan totalmente ir al cielo cuando mueran. Algunos admitirán que son pecadores, pero piensan que sus buenas obras sobrepasarán sus malas. Algunos se imaginan que todo será muy bien con ellos porque ellos se unieron a “la iglesia de su selección,” fueron bautizados y toman parte de la Cena del Señor. Por el contrario, la Palabra de Dios nos informa que “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho” (Tito 3:5) que somos salvos. Nuevamente, se nos dice que “ninguno hay bueno sino uno: Dios” (Mateo 19:17); que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23), y que “la ira de Dios está” sobre tales (Juan 3:36). Esta es la condición de cada pecador no salvo en la vista de Dios, sea él rey o mendigo, alto o bajo, rico o pobre, moral o inmoral, amable o no amable, religioso o irreligioso.

¡Cuán propensa es la naturaleza humana para descuidar o menospreciar las solemnes advertencias de Dios y amenazas del juicio venidero! Se nos dice que después de la muerte está el juicio (Heb. 9:27). La razón es que la aprehensión de estas cosas es inquietadora y perturbadora, por lo tanto los hombres despojan tales pensamientos de sus mentes y continúan en su camino. Pocos verdaderamente están suficientemente perturbados acerca de su futuro eterno para exclamar, “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30). ¡Oh la consumada locura de tal indiferencia y posposición cuando tu destino eterno está en riesgo!

Pronto, muy pronto, echando la mira más lejana posible, tú te convertirás en polvo y tu espíritu regresará a Dios quien la dio (Ecle. 12:7). Oh, amigo mío, no deseches este

asunto de tus pensamientos de una manera liviana, o tu tontería solamente acentuará tu miseria en ese Día. Es mucho mejor que ahora te humilles por un tiempo que tú llores y cruja tus dientes eternamente (Mat. 8:12). Su palabra de gracia es que Dios no se deleita en la muerte del impío, pero que el pecador vuelva de su camino malo y viva (Ezeq. 33:11); que te arrepientas y vuelvas de todas tus transgresiones: para que así la iniquidad no sea la causa de tu ruina (Ezeq. 18:30). A menos que creas de una manera salvadora el evangelio arrepintiéndote de tu pecado (Marcos 1:15), Cristo mismo pregunta, “¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?” (Mateo 23:33).

Oh pecador, ¿continuarás otro día con la ira de Dios suspensa sobre tu cabeza? Pon atención a Su amonestación divina, “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isa. 55:6-7). Mira por fe al Cristo exaltado mientras el tiempo y la oportunidad son tuyas, “porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Rom. 10:13). Tú tienes Su promesa, “Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat. 11:28), y “al que a mi viene, no le echo fuera” (Juan 6:37).

Cristo recibe a los pecadores: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mat. 9:13). ¿Vendrás tú a Él? “He aquí ahora el día de salvación” (2 Cor. 6:2). “Bienaventurados todos los que en él confían” (Sal. 2:12).

—*I.C. Herendeen*



Copyright 1998 Chapel Library

www.ChapelLibrary.org